



Javier Zarzalejos

No hay ala oeste en la Moncloa

La realidad del poder en España

Javier Zarzalejos
**No hay ala oeste
en la Moncloa**

La realidad del poder en España

ediciones península

© Javier Zarzalejos Nieto, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2018

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
CAYFOSA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 7.532 - 2018
ISBN: 978-84-9942-701-0

ÍNDICE

1. NO HAY ALA OESTE EN LA MONCLOA	13
Sí, primer ministro	13
Política y ficción	16
Los hombres (y las mujeres) importan	19
¿Dictaduras electivas?	20
El espectáculo en la política	25
«Sí se puede»... O no	27
¿Dónde quedan los partidos?	30
Lo dice Bruselas	33
¿Y Aznar?	36
2. AZNAR AL TELÉFONO. DE LONDRES A GÉNOVA	39
Bilbao	39
Adiós a Londres	47
La imagen del otro	51
Entre el Nuevo Laborismo y la refundación del PP	54
Un funcionario español en Londres	60
En Buckingham Palace	64
De Gibraltar al Atlántico Norte	65
3. ARRANCANDO EL ENGRANAJE	73
El primer despacho	73

Entre la Moncloa y la Zarzuela	75
La jura y otras cosas	80
La primera vez de todo	82
Ya hay Gobierno	85
El entorno	90
Aznar, presidente: el liderazgo y la gestión	94
La Moncloa multicultural	96
Un buen equipo	99
4. ETA, DE RESISTIR A GANAR	107
La fascinación por la violencia	107
A tumba abierta	109
Burgos, al rescate de ETA	112
Años de plomo y negociación	114
El horizonte imaginario del 92	116
La socialización del sufrimiento	119
Nuevo Gobierno, nueva política	119
Bilbao, primer acto	124
Tres días de julio	127
Hacia el frente nacionalista	133
5. HORAS DE VUELO	139
Sobre el atlantismo	139
En la arena internacional	142
España hacia su lugar	145
Una foto para celebrar el euro	148
La prueba de Ámsterdam	150
El mal francés	151
La ampliación, Niza y contra Niza	155
Irrumpe Zapatero	158
La Moncloa volante	160
El oficio de viajar	163
«Si encuentras una silla, siéntate»	165

ÍNDICE

6. MISIONES DISCRETAS	167
Prefacio sobre la derrota de ETA	167
Tregua en el Amazonas	171
Respuesta desde Lima	175
«Nadie va a hacer las maletas»	178
El Movimiento de Liberación Nacional Vasco al lado de Atapuerca	182
Las dos versiones de Estella	189
La noche de los presos	191
ETA en marcha atrás	195
En Suiza con ETA y una silla vacía	197
Hablando con terroristas	201
La irresistible llamada de la violencia	205
7. LA RELACIÓN ATLÁNTICA	211
Adiós, Mr. Marshall	211
Bill Clinton	215
George W. Bush	218
Irak	220
Las lecciones	221
¿La trampa multilateral?	224
Libia, Siria y la legalidad internacional	227
La conversación de Crawford	229
Las Azores, entre el anticiclón y la borrasca	232
Por la pendiente antiamericana	237
8. EL REY: ACONSEJAR, ANIMAR Y ADVERTIR	241
Una monarquía improbable	241
El Gobierno con el Rey	246
Habla el Rey	254
El Rey y Aznar	258
El Rey ha abdicado, ¡viva el Rey!	264

NO HAY ALA OESTE EN LA MONCLOA

9. LEY Y ACUERDO CONTRA EL TERRORISMO	271
ETA, con todo, contra todos	271
Pactar con el PSOE	275
La estrategia antiterrorista a prueba:	
el asesinato de Ernest Lluch	277
El Acuerdo por la Libertades y contra el Terrorismo	280
Batasuna igual a ETA	287
10. OCHO AÑOS DESPUÉS	295
¿El <i>pato cojo</i> ?	295
El ciclo del PP	298
Zapatero, sin miedo a dividir	301
Los nacionalistas: si todo es posible, nada es suficiente	304
Hacia la sucesión	308
Masacre en Atocha	310
El 11-M en perspectiva	318
La derrota	321
«Enhorabuena, presidente»	324
Bibliografía	327
Índice onomástico	337

NO HAY ALA OESTE EN LA MONCLOA

SÍ, PRIMER MINISTRO

No recuerdo el año, pero supongo que sería en torno a 2001; una cadena de televisión se decidió a producir una serie que situaba la acción en la Presidencia del Gobierno. Una comedia sobre una Moncloa imaginaria y unos personajes que, afortunadamente, no se podrían encontrar en la nómina de toda la Administración pública.

Los productores tuvieron la amabilidad de enviarme el guion de un par de episodios. Agradecí el gesto pero, naturalmente, no dije nada sobre el guion para que nadie creyera que una opinión mía suponía ni el rechazo ni el visto bueno de la Moncloa. La verdad es que tampoco habría sabido qué decir. Lo que leí era simplemente un disparate. No era una ficción dramática ni pretendía serlo, pero tampoco tenía nada que ver con una comedia. Las situaciones carecían de ingenio, y en aquellos diálogos de personajes inverosímiles no había rastro de humor, sino ocurrencias ramplonas.

Estaba claro que aquellos guionistas no sabían nada de política. Pero para hacer bien lo que se proponían, algo de política

había que saber, sobre todo porque buscaban que los espectadores se rieran con esa caricatura de sus gobernantes. Y la caricatura tiene que ser reconocible.

Era un intento alejado años luz del modelo en su género, aquella *Sí, ministro* de la BBC, emitida en los ochenta, que narraba los esfuerzos del ministro del Gobierno de Su Majestad para Asuntos de la Administración, James Hacker, para conseguir que su departamento, dirigido por el secretario permanente Sir Humphrey Appleby, hiciera algo de lo que pedía. A pesar de las risas enlatadas, los diálogos entre el ministro, interpretado por Paul Eddington, y el secretario permanente, papel que hacía Nigel Hawthorne, reflejaban un buen número de asuntos nada banales. Uno podía a la vez sonreír con lo que veía y, prestando algo más de atención, aprender mucho sobre el poder de la burocracia personificada en el mandarín Sir Humphrey, quien, capítulo tras capítulo y con mucho humor de por medio, ofrecía todo el repertorio de recursos que una larga tradición burocrática ha ido creando para afirmar su poder y neutralizar o rehacer las iniciativas de los políticos. Era caricatura, sin duda, pero no grotesca sino sutil, inteligente, reconocible e inspirada. La BBC alardeaba de que era el programa preferido de Margaret Thatcher. Cabe pensar que lo fue al menos hasta que el ministro se convirtió en su competidor en la ficción. James Hacker llegó al número 10 de Downing Street y la serie se transformó en *Sí, primer ministro*.

Como seguidor selectivo de series no he encontrado una explicación convincente para la falta de producciones españolas sobre política. Las que se han intentado realizar carecen de calidad equiparable a la de otras muchas que han sido grandes éxitos con todo merecimiento. Series policíacas, de misterio, históricas, costumbristas y médicas han demostrado la capacidad de guionistas, actores, productores y directores. Pero en lo relativo a la política, el vacío lo hemos llenado con grandes

producciones norteamericanas o algún inesperado producto nórdico como la danesa, y excelente, *Borgen*.

Tal vez una explicación simbólica sea bastante sencilla: no hay ala oeste en la Moncloa. La Casa Blanca es sin duda más icónica que ese mal llamado y mucho más modesto palacio. En la avenida de Pensilvania vive un jefe de Estado, y no uno cualquiera, mientras que en el lado oeste de la carretera de La Coruña reside el jefe de Gobierno de un país por cuya dimensión internacional se lo define como una potencia media.

Pero si hablamos de atractivo icónico, tampoco es que resulten inspiradores y cercanos los entresijos de la política danesa. Y, sin embargo, *Borgen* no solo fue elogiada por la crítica, sino que la imprevista coalición que consigue formar la protagonista, Birgitte Nyborg, cerrando el paso al Partido Conservador que ha ganado las elecciones, se importó a nuestro país con gran éxito entre columnistas y tertulianos como una posible hipótesis de formación de Gobierno después de las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015, y reapareció a propósito de las elecciones en Cataluña de diciembre de 2017.

Para bien y para mal, no hay ala oeste en la Moncloa a pesar de lo que pueda parecer; es decir, a pesar del gran poder de muchas de estas series políticas para ser tomadas por la realidad. *El ala oeste de la Casa Blanca* anticipa el nuevo Camelot de Obama, con un presidente dinámico y transformador, que también juega al baloncesto, aunque sin un jefe de Gabinete con historial de alcoholismo como el que sirve al presidente en la ficción, Josiah Bartlet. A *Juego de Tronos*, la retórica del asalto a los cielos la ha convertido en la metáfora de la política como la lucha desnuda —bien aplicable lo de *desnuda* a la serie, por cierto— y sin escrúpulos por el poder. *House of Cards* es el gran alimento para el prejuicio dominante de ver la política como una actividad en que la proporción de gente abyecta es abrumadora, empezando por Francis Underwood.

Otra peculiaridad: en estas tramas políticas, los personajes rara vez se redimen. Un médico como el doctor Gregory House, drogadicto, huraño y misántropo, que evita conocer a los pacientes a los que trata, se justifica en cada capítulo por sus diagnósticos salvadores en casos que serían imposibles de resolver para cualquier otro sin su talento. En las series políticas, el malo lo es cada vez más, y su maldad aumenta a medida que la trama se complica.

La diferencia va más allá. La política, lamentablemente, atrae sobre sí todas las presunciones negativas. Porque mientras creemos que es poco probable que lleguemos a toparnos con un médico casi infalible como el doctor House, a muchos les puede parecer perfectamente verosímil el retrato del político que se nos ofrece en producciones de éxito: amoral, cegado por la codicia y poseído por la *libido dominandi*.

POLÍTICA Y FICCIÓN

«La televisión invierte el progreso de lo sensible a lo inteligible y lo destruye mediante el retorno al puro y simple ver. La televisión y el mundo de internet producen imágenes y borran conceptos, pero así atrofian nuestra capacidad de entender.» Este *homo videns* del que habla Giovanni Sartori es terreno abonado para la simplificación y la sentimentalización. Las técnicas de comunicación han tomado buena nota. Esto es lo que busca explotar lo que ya se conoce como *infotainment*, ese terreno en el que la información y el entretenimiento borran deliberadamente el límite que los separa. Con filtros argumentales cada vez más débiles que lo protejan de la fusión entre realidad y ficción, entre lo que es información y lo que es simple entretenimiento, el resultado es tan engañoso como creer que, en cuanto a la política, la realidad imita a la ficción y se herma-

na con esta. Ocurre a escala colectiva algo parecido a lo que cuentan esos actores que interpretan a personajes malvados de una manera tan convincente que espectadores indignados los increpan por la calle y les censuran las fechorías que le hacen al bueno de la serie, como si tales maldades fueran reales.

Tenemos en nuestras pantallas una ficción buenista y virtuosa como la de *El ala oeste de la Casa Blanca*, otra edulcorada y sin mácula como la que protagoniza Téa Leoni en *Madam Secretary*, y una malvada como la de *House of Cards*, que es la que proporciona emociones más fuertes y parece adecuarse mejor al apaleamiento cultural y mediático que sufre la política en nuestros días. Pero pocas cosas hay menos emparentadas con la ficción, pocas cosas más sólidamente reales, que el ejercicio diario de la dirección política del país. La política no la hacen hombres y mujeres infalibles, y rara vez surge el *deus ex machina* del teatro clásico que resuelve la trama y salva a sus personajes. Muchas veces se tienen que tomar decisiones con menos información de la que se quisiera y en plazos que parecen demasiado perentorios. Lo imprevisible cuenta, y la incertidumbre es una variable presente en todas las ecuaciones de las principales decisiones políticas.

Tampoco hay episodios de persuasión mágica en los que el magnetismo de un presidente desborda las resistencias de sus adversarios. Los asesores pueden preparar un buen discurso que es probable que cambie opiniones; pero cambiar el voto, fijar la agenda política, construir eso que los politólogos denominan *marcos*, requiere ideas, continuidad y esfuerzo en la comunicación y en el contenido. Los cambios exigen procesos largos y ejercicios laboriosos de suma de voluntades en los que hay que invertir grandes cantidades de liderazgo político. A cada paso, el ejercicio del poder político en democracia muestra su doble cara en cuanto que es habilitación y límite, es poder y no poder a la vez, aunque los populismos y

los nacionalismos que padecemos, en la peor y más peligrosa tradición política europea, nieguen estos límites en nombre del «pueblo» o de «la gente».

Claro está que esto no significa que todos los políticos sean iguales. Bien sabemos que hay personalidades que marcan la diferencia, que por instinto, inteligencia y voluntad ejercen sobre la sociedad verdadero liderazgo, infunden respeto y credibilidad, abren nuevos debates e inspiran; que, en suma, cambian las cosas para bien de su país. Pero no hay nada mágico en ello. Que la política real se encuentre desprovista del *glamour* de la ficción no significa que sea una actividad mediocre. Todo lo contrario. Es en la política donde las personalidades se someten a las pruebas más exigentes, y es en la dirección del Gobierno, en la dirección política de la nación, donde se proyectan capacidades y virtudes tanto como carencias y limitaciones.

La política real no se encuentra ni en la idealización buenista ni en la demonización que sirven las ficciones televisivas, por buenas que sean, y estas lo son.

Hay muchas formas de poder, pero es el poder que se ejerce en la política el que establece una relación única y singular con la realidad de las sociedades pluralistas. Es única esta relación por su complejidad en la respuesta a las dos preguntas esenciales: quién manda y cómo manda.

A la primera tiene que responder la fuente de legitimidad del poder; la segunda la responde el conjunto de normas y prácticas de valor normativo que limitan el poder y lo someten a la racionalidad jurídico-constitucional. La legitimidad del poder lo habilita; el derecho lo restringe y limita. Ningún otro fenómeno de poder económico, mediático, social o cultural, por intenso que pueda ser, establece con la sociedad una relación equiparable a la del poder político.

LOS HOMBRES (Y LAS MUJERES) IMPORTAN

Durante mucho tiempo, los nuevos enfoques historiográficos han relegado a las personas a la condición de piezas de atrezzo del estudio histórico como si fueran elementos intercambiables, sin apenas reconocerles capacidad para influir en el curso de los acontecimientos ya que estos vendrían determinados por las condiciones estructurales de las sociedades y los procesos de fondo de transformación cultural, económica y social.

Es posible que el éxito de estos enfoques haya contribuido a agudizar el habitual desinterés en nuestro país por las personalidades de relieve. Un desinterés que se trasluce en el escaso cultivo de la biografía como género de conocimiento histórico. Ahora bien, este desinterés parece estar revirtiendo. La reciente obra de la historiadora Margaret MacMillan, *Las personas en la historia. Sobre la persuasión y el arte del liderazgo*, es una firme reivindicación de este enfoque para entender cabalmente la historia.

En el estudio de la política está aumentando el interés por las investigaciones sobre el propio concepto de liderazgo, sus diferentes expresiones y formas de proyectarlo, así como el análisis psicológico de los dirigentes políticos, de sus competencias y rasgos caracterológicos. Tales estudios, originados en su mayor parte en las escuelas de negocios y facultades de ciencias empresariales, se han importado a la política con resultados desiguales y enfoques excesivos como los que asocian al político con una personalidad patológica por definición, ejercicios reforzados, por cierto, por las especulaciones sobre la salud mental de Donald Trump. Sin embargo, este enfoque ofrece modelos y categorías útiles para comprender los procesos políticos al subrayar la complejidad del fenómeno de liderazgo y sus distintos componentes con un tratamiento sistemático.

El interés por estudiar el liderazgo se corresponde con el fenómeno de la personalización de la política, que se ha convertido en uno de los temas que más atraen el trabajo de sociólogos y politólogos. Si volvemos a la Casa Blanca, vemos en la presidencia de Estados Unidos el paradigma de la personalización, entre otras buenas razones porque la del presidente es una elección de características plebiscitarias. Pero la prevalencia constitucional, política y mediática del jefe del Ejecutivo —jefe de Estado o presidente de Gobierno— es el resultado de un proceso que, lejos de ser exclusivo de Estados Unidos, se ha generalizado en los sistemas democráticos occidentales, no solo en los regímenes presidenciales.

La personalización de la política es una realidad. La irrupción con éxito de los populismos parece la expresión más extrema de este fenómeno que reafirma en muchos la impresión inquietante de que se trata de una patología grave y potencialmente autodestructiva de las democracias. Sea o no así, esa transformación hacia la personalización explica en una medida muy importante el funcionamiento de nuestras democracias, las claves de muchos procesos políticos, entre ellos los electorales, y la forma en que han evolucionado los propios partidos que organizan la competición política.

¿DICTADURAS ELECTIVAS?

En 1976, Lord Hailsham describió el sistema británico como una «dictadura electiva». A juicio de quien era uno de los miembros más destacados del Partido Conservador y quien más tiempo había servido en el gobierno como Lord Chancelor, se había llegado a esa situación por «los poderes absolutos que atribuimos a nuestra institución soberana, y la concentración de dichos poderes en un gobierno ejecutivo formado por

un solo partido que no siempre representa adecuadamente la voluntad popular».

La alarma de Lord Hailsham parece excesiva. Sin embargo, es un hecho que después de la Segunda Guerra Mundial, el colapso de los regímenes políticos de entreguerras —entre todos, el de la República de Weimar creada por la Constitución alemana de 1919— fue determinante para que las nuevas constituciones fortalecieran la posición de los gobiernos y rompieran a favor de estos el equilibrio teórico entre ejecutivo y legislativo típico del parlamentarismo clásico. Se favorecía la estabilidad frente a la acción de coaliciones oportunistas y volátiles que en el pasado solo habían buscado derrocar al Gobierno de turno sin ofrecer alternativas. El resultado se plasmó en unos sistemas instalados en la crisis política permanente, incapaces de integrar, sumidos en la parálisis y el descrédito, que ofrecieron munición a los antisistema y antiliberales del momento: populistas autoritarios, anarquistas, nazis y comunistas unidos en el objetivo de destruir la «democracia burguesa», lo que lograron en no poca medida y que solo pudo impedirse a un coste brutal.

Los Estados salidos de la gran tragedia europea —como también, salvadas las distancias, Estados Unidos del *New Deal* surgido de la Gran Depresión— tenían ante sí la tarea de reconstruir la economía y evitar la ruptura social violenta con la que amenazaba el comunismo. Por eso ya no eran Estados mínimos sino organizaciones complejas, con un amplio terreno de intervención en la economía y en el desarrollo y gestión de servicios públicos. Se necesitaban gobiernos fuertes para dirigir Estados que asumían nuevas responsabilidades en la sanidad, el desarrollo industrial, la vivienda, las obras públicas y el empleo, lo que requería más ingresos fiscales y más gasto público para las nuevas políticas de redistribución.

La deliberación parlamentaria tenía las de perder frente a la nueva política gerencial y ejecutiva. Todavía hoy continúa esta

controversia que envuelve al parlamentarismo (en India y Holanda, por ejemplo) por oposición a fórmulas más ejecutivas de gobierno.

La Constitución española de 1978, por ser la última de las Constituciones democráticas occidentales —las siguientes, nacidas de las nuevas democracias del este de Europa, son muy posteriores—, es ilustrativa de este proceso de fortalecimiento del Ejecutivo. El artículo 99 establece el procedimiento para que después de celebradas las elecciones, el Congreso invista a un candidato, no que otorgue la confianza a un Gobierno. El candidato investido por el Congreso propone libremente al Rey el nombramiento de sus ministros y sabe que su continuidad está prácticamente asegurada frente al asedio de la oposición. Al importar de Alemania la moción de censura *constructiva* (artículo 116), los partidos de oposición no solo tienen que ponerse de acuerdo en derribar al Gobierno, que es lo fácil; quienes la propongan tienen que presentar un candidato alternativo que, si prospera la moción, queda automáticamente investido como nuevo presidente. Y no es nada fácil conseguir el acuerdo de una mayoría alternativa en torno a un candidato, razón por la cual las mociones de censuras están condenadas a ser iniciativas testimoniales, útiles para determinadas estrategias de confrontación pero no alternativas verosímiles al Gobierno en ejercicio. De hecho, esa alternativa no se ha materializado nunca, y las mociones de censura que se han llegado a plantear —una de Felipe González contra Adolfo Suárez en mayo de 1980; otra de Antonio Hernández-Mancha, entonces presidente de Alianza Popular (AP), contra Felipe González, en marzo de 1987, y la de Pablo Iglesias, líder de Podemos, contra Mariano Rajoy en junio de 2017— fueron maniobras políticas de éxito muy desigual dirigidas a desgastar al Gobierno del momento, pero no a intentar realmente la sustitución de aquel y su presidente. Además, mientras que una moción de

censura necesita para prosperar el apoyo de la mayoría absoluta del Congreso, para la investidura basta la mayoría simple en segunda votación, mayoría simple que también es suficiente para que se entienda aprobada la moción de confianza si el Gobierno decide someterla a la Cámara.

La fuerza de la posición del Gobierno y su presidente no solo radica en la dificultad para derribarlo en un determinado momento, sino que favorece la estabilidad —aunque no necesariamente la eficacia— a lo largo de su ejercicio. Desde las primeras elecciones democráticas en junio de 1977 se han sucedido mayorías absolutas y relativas. De las 13 elecciones generales habidas desde entonces, solo 5 han arrojado mayorías absolutas (3 Felipe González, 1 José María Aznar, 1 Mariano Rajoy). En los demás casos (2 Adolfo Suárez-Leopoldo Calvo-Sotelo, 1 Felipe González, 1 José María Aznar, 2 José Luis Rodríguez Zapatero y 2 Mariano Rajoy), de las elecciones salieron Gobiernos en minoría, incluida, a estos efectos, la peculiaridad del periodo de Gobierno en funciones entre las elecciones del 20 de diciembre de 2015 y las del 26 de junio de 2016. Y, sin embargo, ninguno de estos casos de Gobierno en minoría ha llevado a la formación de un Gobierno de coalición a nivel nacional. El caso más claro es el del actual Gobierno del Partido Popular, monocolor a pesar de contar con una neta minoría de 137 escaños en el Congreso.

Ha habido acuerdos de naturaleza muy diversa. Pero la renuencia de los potenciales socios ha frustrado toda posible coalición. Paradójicamente, la oferta que hizo José María Aznar a *Convergència i Unió* (CiU) en el 2000 para que participara en el Gobierno no iba dirigida a asegurar la mayoría parlamentaria, pues el Partido Popular (PP) la acababa de ganar holgadamente al conseguir 184 escaños en las elecciones generales de ese año. Tampoco tuvo eco la oferta de Mariano Rajoy a los socialistas y a Ciudadanos después de las dos últi-

mas elecciones generales, si bien en circunstancias bien distintas a las de Aznar en el 2000. Mariano Rajoy planteaba lo que, por otra parte, era lógico teniendo en cuenta los resultados. Pero sin éxito. En un periodo en el que el sistema político español ha batido unas cuantas marcas, esta es otra más superada: el Partido Popular gobierna en solitario desde la minoría más reducida de un partido en el Gobierno en nuestro país.

El hecho de que las coaliciones no hayan sido imprescindibles hasta ahora habla favorablemente de los mecanismos de estabilidad del sistema político español, y también de la presión extractiva —y a pesar de ella— de los nacionalismos cuando han ejercido como partidos bisagra. Pero no habría que extremar el elogio. La incapacidad por principio para articular coaliciones puede convertirse en una tara del sistema, un síntoma de inmadurez que puede agravarse si la fragmentación parlamentaria se consolida y quedamos condenados a Gobiernos extremadamente minoritarios e incapaces de desarrollar agendas políticas ambiciosas.

Para la posición político-constitucional del Gobierno, lo más importante, en cualquier caso, es que, solo o en compañía de otros, disponga de una mayoría parlamentaria cuya fidelidad se asegura por la disciplina de voto y por la concurrencia en la figura del presidente del Gobierno de la condición de líder del partido.

Si el Gobierno dispone de esa mayoría, puede hacer muchas cosas. Si no la tiene, puede confiar al menos en que se encuentra bien pertrechado para permanecer y evitar ser arrasado por la oposición a situaciones críticas.

Algunos constitucionalistas describen este proceso de *hiperliderazgo* del Gobierno y, dentro de él, de su presidente, como el deslizamiento indeseable de un régimen parlamentario a uno que, de hecho, es casi presidencial pero sin los frenos y contrapesos —los famosos *checks and balances* del sistema constitucio-

nal de Estados Unidos— que exigen una relación cooperativa entre legislativo y ejecutivo porque, de lo contrario, el engranaje institucional termina bloqueándose. Este deslizamiento hacia la *presidencialización* está dando lugar a que también se importen de los sistemas presidenciales algunos debates hasta hace poco tiempo impropios de los regímenes parlamentarios, pero que a muchos ahora les parecen pertinentes. Es el caso de la limitación de mandatos o la propia discusión sobre la exención de control parlamentario al Gobierno en funciones, que para algunos responde a una lógica extrema de la separación de poderes más propia del presidencialismo americano que del régimen parlamentario europeo.

EL ESPECTÁCULO EN LA POLÍTICA

«En las democracias contemporáneas, la irrupción de los *media* en la escena de la política ha impuesto la *espectacularización* de esta y ha desplazado el acento traspasándolo de las organizaciones políticas y sus programas al liderazgo político y a sus declaraciones.» Así describía en 1990 Gianfranco Pasquino, en «Liderazgo y comunicación política», lo que consideraba que es la mayor transformación de la política resultante de la interacción entre liderazgo político y comunicación política. Su afirmación no solo sigue vigente en nuestros días, sino que se encuentra archiconfirmada por el efecto de internet, que suma interactividad y otras muchas pantallas —la del ordenador, la tableta, el teléfono inteligente— a la entonces única pantalla de la televisión.

Hoy se habla mucho del impacto disruptivo de la revolución digital sobre prácticamente todos los ámbitos de la actividad humana, también la política. Habría que pensar en el impacto no menos disruptivo frente a la política tradicional de una revo-

lución de la imagen que en el lapso de una década (1960-1970) permitió asistir a la transmisión del primer debate electoral entre dos candidatos presidenciales —Nixon y Kennedy—, el magnicidio de Dallas, las movilizaciones por los derechos civiles, la guerra de Vietnam como nunca antes se había visto una guerra y la llegada del hombre a la Luna.

Los medios de comunicación, la comunicación política, han alterado sustancialmente la competición política al personalizarla, fijando la atención sobre el líder y lo que inspira frente al debate programático; el «quién habla» frente a «lo que dice».

Con todo, Pasquino, discípulo de Sartori, llama a la prudencia frente a la condena sin matices de la personalización:

La personalización del liderazgo político depende de un sistema de variables, donde la personalidad del hombre y de la mujer políticos es solo una, y quizás no la más importante, y respecto de la cual, la comunicación política puede actuar como lupa de aumento, de acentuación, de exacerbación, pero no crearla pura y simplemente por sí misma. Si la «persona política» no existe, muy difícilmente podrán crearla los *mass media*.

La propia *espectacularización* de la política tampoco sería mala por sí misma. Aunque no sea lo habitual, el espectáculo no impide en todos los casos que adquieran presencia en el debate público temas relevantes. Como señala Pasquino:

Es de notar que, según algunos, la *espectacularización* es siempre y en todo caso censurable, condenable, va en perjuicio de un discurso político sereno y profundo. Según otros, en cambio, la *espectacularización* es neutra; es más, en ciertos casos, cuando logra romper la costra de la política opaca del Gobierno (entre bastidores) *as usual*, y llamar la atención de la gente sobre la política, cumple una función altamente positiva, a pesar de que raramente se dé el caso.

Entre una política reducida a pura creación de imagen o a la repolitización negativa de los populismos, Pasquino advierte:

Solo una sociedad vertebrada por asociaciones creadas por ella misma es capaz de resistir y combatir contra las tendencias a la personalización del liderazgo sin responsabilización, y a la *espectacularización* de la política sin contenidos y, sustituyéndolas o complementándolas, imponer la *tematización* de los procesos... Una sociedad vertebrada por asociaciones ha de tener su contrapartida en un sistema político institucional pertrechado con mecanismos de selección del liderazgo, de control sobre su modo de actuar, de responsabilización y de relevo en el liderazgo mismo, que sean transparentes, sensibles y fácilmente aplicables.

«SÍ SE PUEDE»... O NO

Si las tendencias constitucionales, por un lado, y las nuevas formas de comunicación política, por otro, desplazan las claves de los procesos políticos hacia la personalidad de los líderes, esa misma visibilidad ubicua de los dirigentes y la necesidad de desarrollar un lenguaje verbal y no verbal adecuado a los códigos de la *civilización del espectáculo* abren la puerta a la sentimentalización de la política.

Al analizar este fenómeno en *La democracia sentimental*, Manuel Arias Maldonado sostiene como hipótesis más plausible que «un ciudadano propenso a la sentimentalidad se vuelve aún más sentimental con las nuevas tecnologías de la información. Estas son redes inherentemente afectivas, cuyo uso es mayormente expresivo o heurístico en lugar de deliberativo». Las redes, de nuevo, acentúan esa transformación de los ciudadanos en espectadores que —volvemos a Sartori— priman lo visible sobre lo inteligible y, por tanto, recompensan políticamente a quien maneja de manera convincente lo visible, lo

emocional. En otros términos, en el mundo de Twitter y de la telerealidad, Donald Trump no es un fenómeno errático y casual sino una cosecha mucho más natural de lo que estamos dispuestos a admitir.

En ese sentido, me parece especialmente interesante la observación de Arias Maldonado, que propone como uno de los efectos más visibles de la sentimentalización de la política el éxito que ha adquirido la figura del «rebelde», escenificada con éxito por los líderes populistas en lucha contra «la casta» o contra el *establishment* de Washington, incluso desde posiciones tan distintas como las que han representado Bernie Sanders y Donald Trump.

No pensemos, sin embargo, que los nuevos medios de comunicación han convertido en mutantes sentimentales a ciudadanos que un poco antes eran personajes habermasianos, agentes deliberativos puros enteramente racionales. Si hablamos de política real, la presencia de lo sentimental necesita alguna acotación importante. La relación política ha tenido siempre una indudable carga sentimental. Conceptos políticos como los de libertad, patria, solidaridad o justicia adquieren en muchos contextos una fuerte carga emotiva. Pero su contenido sentimental no impide que, en una sociedad madura, la política los defina y los desarrolle.

Un caso que conocemos bien es el de la lucha contra el terrorismo de ETA (Euskadi Ta Askatasuna). Naturalmente, hablar de libertad, de justicia y de Estado de derecho, solidarizarse con el sufrimiento de las víctimas y alentar el compromiso cívico de los demócratas aportaba una extraordinaria carga afectiva al discurso político. Pero frente a la *sentimentalización*, la política real exigía no quedarse ahí, ni siquiera quedarse en la empatía hacia las víctimas. La responsabilidad de la política consistía en dar contenido al funcionamiento del Estado de derecho, en definir cómo se traducía el deber de solidaridad

con las víctimas, en impedir la actuación de los cómplices políticos de los terroristas, en asumir el coste tantas veces extremo y cruel del compromiso político.

Lo que empobrece la política es convertir esos conceptos en significantes vacíos cuyo potencial movilizador y emotivo radica precisamente en que pueden representar cualquier cosa para cualquiera. El buenismo, por un lado, y la política del antagonismo que practican los populismos son las expresiones más claras de esta *sentimentalización* empobrecedora. José Luis Rodríguez Zapatero hizo del registro buenista —«las lágrimas socialdemócratas», en aguda expresión de Santiago González— toda una estrategia. «Tenemos que lograr unir el mundo para salvar la Tierra, nuestra Tierra. Nuestra Tierra, en la que viven pobres, demasiados pobres, y ricos, demasiados ricos. La Tierra no pertenece a nadie. Salvo al viento», dijo Rodríguez Zapatero en la cumbre sobre el cambio climático de Copenhague en diciembre de 2008. Con razón afirma Valentí Puig que «el emocionalismo es hegemónico, [...] empapa toda la política, incluso la política internacional, reino por excelencia del realismo».

Por eso hay que afinar. El sentimiento no es lo mismo que la sentimentalización, como tampoco lo son la emoción y el emocionalismo, ni la bondad y el buenismo. La diferencia que separa un término y otro es lo que diferencia la virtud de una elaboración ideológica partidista.

La cumbre de Copenhague no será recordada por sus resultados pero sí por la presencia de Barack Obama, aupado por el más deslumbrante hallazgo de significativo vacío: el «*Yes, we can!*». «Sí se puede» es el grito que se puede oír en la grada de un estadio de fútbol cuando a un equipo el partido se le pone cuesta arriba, lo mismo que en una reunión de vendedores o en cualquier mitin en Oslo o en Madrid, coreado por los seguidores del PP o de Podemos. La versatilidad del

Yes, we can! y su efecto euforizante sobre las audiencias han convertido a este mantra en un artefacto de sentimentalización masiva de la política democrática cuya afirmación romántica de la subjetividad encaja como anillo al dedo con la cultura de la posmodernidad. «El hombre es un pordiosero cuando piensa pero un dios cuando sueña», decía Hölderlin. Pero ¿qué es lo que podemos? ¿Lo podemos todo? ¿Es gratis o cuesta algo? El problema empieza cuando la política real tiene que poner letra a una melodía tan atractiva y se topa con los límites de la acción humana, ya sea cuando se insiste en que «sí se puede» o se promete «hacer América grande de nuevo». Es entonces cuando se pone de manifiesto la esterilidad de la política sentimentalizada —cosa muy distinta a la política con sentimientos— y, al mismo tiempo, su gran potencial disruptivo. Es entonces cuando nos tenemos que guardar del *optimista sin escrúpulos* del que habla Roger Scruton en *Usos del pesimismo*, ese tipo cuyo peligro radica en que su «mirada cerril reconoce solo obstáculos y nunca límites».

¿DÓNDE QUEDAN LOS PARTIDOS?

Es inevitable que la personalización —alimentada por el blindaje constitucional del jefe de Gobierno, las reglas de la nueva comunicación política y la importancia del rendimiento emocional del liderazgo— haya tenido un profundo impacto en los partidos, alterando los términos de la relación entre el partido y su líder, también en favor de este último.

Los partidos no son lo que eran. Han perdido en gran medida su condición de organizaciones mediadoras entre el electorado y los líderes. En *Gobernando el vacío*, Peter Mair dice:

Cuando la política se convierte en un entretenimiento para los espectadores, es difícil mantener partidos fuertes, y no es sorprendente que se convierta en un entretenimiento para los espectadores cuando se están borrando las diferencias reales que en el pasado habían distinguido a los partidos [...] Cuando la competición entre los partidos mayoritarios apenas tiene consecuencias para la toma de decisiones, solo cabe esperar que derive hacia el teatro y el espectáculo.

La personalización llega a los partidos, que se convierten en plataformas políticas de apoyo a los candidatos más que en organizaciones de mediación política con la sociedad.

Dos fenómenos son muy expresivos. Por un lado, el de los candidatos sin partido, una categoría en la que, por ejemplo, cabe encuadrar a Donald Trump y al francés Emmanuel Macron. El primero, aterrizado en el Partido Republicano con un propósito puramente instrumental y con una evidente agenda propia. El segundo, transformado él mismo en una marca electoral propia que hizo de su no adscripción partidista un activo para la campaña presidencial y se ofreció con éxito como la opción acogedora para los ahuyentados por el radicalismo de Le Pen y el colapso de republicanos y socialistas.

El otro fenómeno tiene que ver con la reacción contra el poder oligárquico de los partidos, asociado al riesgo de corrupción, y la reclamación de democracia en ellos. Subidos a esta tendencia, los líderes buscan una legitimidad interna que los sitúe por encima de los poderes orgánicos de sus respectivos partidos. En este capítulo entra la extensión de las primarias dentro de los partidos, que incluso se abren a votantes no comprometidos en absoluto con la militancia en el partido en cuestión. El dirigente que triunfa en estos procedimientos de selección puede invocar un plus de legitimidad que contrapone al poder orgánico de su partido. Tal vez el caso del líder del Partido La-

borista Jeremy Corbyn es el que ilustra mejor este fenómeno. Corbyn, rechazado tanto por el grupo parlamentario laborista como por la estructura orgánica del partido e incapaz de exhibir éxito electoral alguno frente a los conservadores —al menos hasta el fiasco de las elecciones convocadas por Theresa May en junio de 2017—, ha resistido por dos veces los ataques a su liderazgo, parapetado en el apoyo que recibió en el proceso de elección abierta que lo llevó a la dirección del laborismo británico. En España, Pedro Sánchez, con una historia análoga a la de Corbyn, reflejó tensiones similares y terminó con su regreso a la Secretaría General del partido, lo que abunda en los cambios operados en la selección de los liderazgos partidistas. Elegido secretario general por una clara mayoría de los militantes y con una trayectoria electoral aproximadamente igual de calamitosa que la de Corbyn, Sánchez se ve abocado a una confrontación de legitimidades entre la suya, que se deriva de la elección por los militantes, y la legitimidad orgánica del partido —en otras palabras, el poder del *aparato*—, con resultados bien conocidos.

La personalización de la política devalúa el papel de los partidos y afecta a la competición política. El espacio para la confrontación ideológica real «dentro del sistema» se ha ido estrechando, hasta el punto de que una buena parte de sus políticas, una vez en el Gobierno, parecen intercambiables, también aquellas que tradicionalmente definían la identidad a derecha e izquierda. Los grandes partidos aspiran a la máxima transversalidad —los partidos «atrapalotodo» o *catch-all parties*— y creen que la mejor manera de conseguirla consiste en rebajar su perfil ideológico. Buscan la mayor versatilidad y se concentran en definir un estilo que los acerque a los segmentos menos politizados del electorado. En otros casos, la aceptación se quiere conseguir anclando el discurso en un pragmático concepto del *sentido común* como valor general en el que todo resulta evidente por sí mismo.